

NOTAS SOBRE LA POESIA DE VALLE-INCLAN

José Agustín Goytisolo

Cuando se habla de Valle-Inclán poeta, se piensa casi siempre en toda su obra. Esto sucede porque tanto sus novelas como sus cuentos, ensayos, artículos y obras teatrales, están escritos empleando un lenguaje como de ensueño, mágico, sugerente, que distorsiona la realidad o que vuelve cruelmente reales los sueños.

La prosa de Valle-Inclán, comparada con la de otros escritores del noventa y ocho -y no hablo de ellos como sus compañeros de generación, porque sostuvo con todos una relación muy distanciada y a veces hostil- su prosa, decía, propone una recreación poética muy valiosa, una recreación del idioma gastado y del seco discurso castellano que se escribía por entonces. Tuvieron que pasar muchos años para que la crítica descubriera el realismo mágico y hablara de Valle-Inclán como uno de los precursores de ese mágico realismo con el que se ha etiquetado a unos cuantos novelistas latinoamericanos.

Asimismo ha resultado que el teatro de Valle-Inclán, apenas representado estando él vivo, es considerado hoy, y de largo, como el mejor de su época, y aún se podría añadir que es más actual que el de cualquier otro autor español que pueda ser normalmente representado en nuestros días, Lorca incluido. Es un teatro vivo, lleno de colorido y malicia o bien hacer, a caballo entre la esperpética realidad y la farsa amable y lúdica. En muchas de sus obras teatrales en verso, y como apartes del texto dialogado, Valle-Inclán explica en forma de pequeñas anotaciones o poemas los escenarios de la acción y las reacciones de los protagonistas. Valgan como ejemplos estos dos apuntes de la extraordinaria Farsa y licencia de la Reina Castiza:

Candelabros con algarabía
de reflejos, consolas de panza
y en los muros, bailando una danza,
los retratos de la dinastía.

→ Esa pincelada en versos de diez sílabas, que de un modo tan esquemático sitúan y definen el decorado, se convierte en otra, esta vez de carácter seudo-moral y divertida, escrita en eneasílabos, para caracterizar a las personas que se escandalizan por la conducta de la Reina, y a la reina misma:

Puritanos que a toda hora
sacan a cuenta la moral
sin comprender que es la Señora
una Reina meridional.

Los poemas de Valle-Inclán, reunidos por él mismo en un solo tomo llamado Claves líricas (1930), están repartidos en tres libros. El primero, Aromas de leyenda, apareció en 1907. Pese a su buena factura, es muy visible en él la influencia modernista, que Valle-Inclán debió recibir directamente de su amigo Rubén Darío, y posiblemente también del cubano Julián del Casal. Valle-Inclán admiró siempre a Darío, que por aquellas fechas ya había publicado Azul y también Cantos de vida y esperanza; ambos poetas se intercambiaron composiciones entusiastas. La de Darío, el soneto iconográfico que comienza Este gran don Ramón de las barbas de chivo, abre la edición del primer libro de Valle-Inclán, que le correspondió más tarde dedicárselo varios versos de su poema Aleluya. Volviendo a Aromas de leyenda, Valle se sirve de la musicalidad modernista para cantar el arcaico mundo de las tradiciones y leyendas de Galicia, de su tierra de fabla antigua. Emplea el tetraestro monorrímo, al que añade pares de alejandrinos, y también tercetos monorrímos, y salta del endecásílabo al epta y exasílabo, en un intento de lograr que sus composiciones huelan a vino añejo. Once de los catorce poemas que forman este libro terminan en glosas o cuartetas escritas en gallego, recogidas del folklore y rehechas por el autor. En el libro aparecen santos, penitentes, ermitaños, labriegos, costumbres aldeanas, milagros, apariciones... Se nota, en estos poemas, el inicio de lo que será, en toda su obra, la pugna entre el lenguaje heredado (tradicional, postromántico, parnasiano, finise-

cular y aún el modernista) y su incesante búsqueda de un lenguaje propio. En varios poemas del libro (Estela de prodigo, Flor de la tarde, No digas de dolor o En el camino), se pueden encontrar bellos versos:

Aromaban las hierbas todas
con aroma de santidad...

Húmeda de rocío despierta la campana...

La aparente religiosidad del libro está teñida de fantasías y de amor por la tradición, el ritual y el misterio. Valle-Inclán siempre se decantaba por estética y no por ética en la elección de temas y de estilos, y aún veremos que también por estética decidía en sus preferencias políticas.

Este amor por las antiguas tradiciones, por los tiempos en los que no existía aún la burguesía, se corresponden con el monarquismo carlista y romántico del que hacía gala, por entonces, Valle-Inclán. En su segundo libro de poemas, El pasajero, (publicado trece años más tarde, pero sin duda escrito mucho antes, dado que La pipa de kif apareció en 1919, y Valle-Inclán, al reunir sus libros sitúa a El pasajero en segundo lugar), continúa siendo visible el amor por los tiempos antiguos adornados por la estética modernista. En este libro está mucho más claro el contraste entre la poética heredada y asimilada y el hallazgo de nuevas expresiones poéticas.

Así, por un lado, podemos leer:

¡Cómo me hablaste de las rosas
cuando rosas segó mi hoz...!

O bien

Eternidad la gracia de la rosa
y la alondra primera que abre el día...

Y contraponer estos versos, por otro lado:

Es la hora de la culebra:
el diablo se arranca una cana,
cae del árbol la manzana...

y también

Soy el negro dueño
de la abracadabra,
y trisca en tu sueño
mi pata de cabra.

Entre ambos extremos, asoman a veces poemas de resonancia renacentista, como en el titulado Rosa de Job:

¿Quién vió por tierra rodado
el almenar,
y tan alto levantado
el muladar?

El pasajero es un libro bien construido, mucho más complejo y personal que Aromas de leyenda. En sus páginas, Valle-Inclán introduce ciertos elementos autobiográficos, aunque aquí debe señalarse que nuestro autor mezclaba o confundía continuamente realidad e invención, de tal modo que siempre ha sido difícil separar su auténtica vida de su biografía imaginada.

En su tercer y último libro de poemas, La pipa de kif, ha desaparecido el lastre post-romántico y parnasiano, y también buena parte de la influencia modernista, reducida aquí a cierta sonoridad de algunos poemas y a su léxico. Valle-Inclán ha digerido el modernismo y lo ha convertido en moderno, a su manera, naturalmente. La pipa de kif es un libro mucho más depurado que los anteriores, más personal. El gusto de Valle-Inclán por las escenas populares, la vida bohemia y el disparate están ahora al servicio de un retratista implacable y cruel de la sociedad de su tiempo. Lo esperpético asoma a cada paso:

Enriqueta, oronda,
pechona y redonda,
bailando el cancan...

viene a ser algo así como el

...ideal amoroso
para un venturoso
jugador marchoso
que afloje el parné...

El empleo de argot de los bajos fondos, de la droga, del mundo de la prostitución y aún de argot taurino o militar, que aparece a menudo en estos poemas, va a ser una constante en la obra posterior de Valle-Inclán.

Junto a mendigos, truhanes, alcahuetas, gitanos y chulos, ese mundo que hoy llaman de los marginados, asoma en muchas ocasiones la autoridad, representado por los guardias:

Entre los civilones un hombre maniatado
camina....

Negros y silueteados los tricornios...

Una luz que aún define la X amarilla
del correaje...

... En los monolitos
del camino fuma la guardia civil.

Otras veces esa autoridad es aún más lúgubre y siniestra, y Valle-Inclán la describe con aires de aguafuerte goyesco o de pintura negra de Solana:

Tan, tan, tan. Canta el martillo,
el garrote alzando están,
el verdugo gana el pan,
un paño enluta el banquillo...

Tampoco se escapan del retrato esperpéntico las autoridades religiosas por las que Valle-Inclán muestra ya un claro desapego, y a las que pinta sin compasión:

Con ritmos destartalados
lloran en tropel
mitrados ensabanados.
Mitras de papel.

Y también los aprendices de brujo:

Desfila un ringlero de seminaristas,
bayetas peladas como los sopistas...

No es ajeno a este cuadro variopinto el perfil o la caricatura implacable de personajes pertenecientes a la burguesía, ese bastión al que sirven y defienden los representantes de la autoridad. Así ve Valle-Inclán a uno de esos personajes:

Doña Estefaldina odia a los masones,
reza porque mengüen las contribuciones,
reprende a las mozas si tienen galán.
Oprime en sus rentas a los aparceros,
da buenas palabras al que llora pan.

Como ya quedó antes escrito, por pura actitud estética el Valle-Inclán monárquico, católico y tradicionalista, evolucionó hasta un republicanismo socializante y anárquico que no iba a abandonar hasta su muerte. En La pipa de kif surgen, de tanto en tanto, personajes rebeldes:

Hay un zapatero
que silba a un jilguero
"La Internacional"...

Otras veces el autor se caricaturiza a sí mismo, sin dejar de poner ribetes de autenticidad -relativa, claro- a sus palabras:

Yo anuncio la era argentina
de socialismo y cocaína.
De cocotas con convulsiones
y de vastas revoluciones.

El anuncio de era tal, hubiese tenido, sinó más eficacia práctica, sí más éxito y mayor aceptación entre muchos círculos a los que place esnifar, aspirar cocaína en polvo por la nariz, precisamente por su desengaño al constatar que el socialismo y la revolución quedan siempre lejos o se malogran. Por lo que se refiere a las drogas, el libro no tiene desperdicio. En especial, el poema La tienda del herbolario, en cuyos anaquelos Valle-Inclán coloca y canta los cañamos verdes, la verde hierba de Estambul, que es, dice

...de alumbrados,
monjas que vuelan y excomulgados...

Después de pasar revista a otros, como él los llama, dulces venenos, destaca al opio que evoca sueños azules, a la hoja de coca, que al indio triste torna espartano. Y luego, puesto a sublimar todo cuanto pueda ser excitante, nos presenta el tabaco, el té, el café, el pulque, el cacao y el mate, amén de los zumos de pita y de girasol. Como para dar ideas a los que gustan de hallar nuevos excitantes. ¡Si llega a entrar en una farmacia! Pero el autor se queda con su pipa cargada de grifa, de kif.

Otros poemas largos, de corte descriptivo y casi fotográfico son Bestiario, El circo de lona y Aleluya. En el primero de ellos narra una visita a la Casa de Fieras del Parque del Buen Retiro, lo que le da motivo para glosar el aspecto y los movimientos y maneras de un buen número de animales: el león es un carcamal/ estilizado/ en el escudo nacional; el oso, cuando bosteza/ recuerda al conde de Tolstoi; la jirafa es una solterona que bebe hiel; la cotorra, una feminista que dispara; el flamenco, un absurdo monumental; y la cigüeña, falta de fe

desacredita
a Simeón el Estilita
en penitencia sobre un pie.

El desastrado circo, con sus pobres atrezos, sus hambrientos y roñosos animales, sus gastados números y su deambular de pueblo en pueblo, mueve a una cariñosa semblanza, y el poeta

ve en él un cuento maravilloso, el fin de una fabulosa edad.

En Aleluya los dardos satíricos de Valle se dirigen a críticos e historiadores de literatura, como Emilio Cotarelo y Julio Cejador, y a escritores como Ricardo León y Ramón Pérez de Ayala, sin olvidar un gesto burlesco para el político Antonio Maura.

Todo este novedoso, exuberante y personalísimo mundo poético, es el aviso de la gran mutación que la obra de Valle-Inclán irá experimentando a partir del inicio de los años veinte. Después de este libro, Valle afilará aún más su escalpelo, él y su obra se volverán más espirituales y anárquicos. El dictador Primo de Rivera le meterá en la cárcel por más de un chiste o inconveniencia que el poeta soltó en público y escribió. Desde entonces y hasta su muerte, Valle-Inclán escribiría sus mejores obras: Divinas palabras y Luces de Bohemia, para el teatro, y la por muchos motivos impresionante y actual novela de tema latinoamericano Tirano Banderas.

Sí, Valle-Inclán fue un poeta siempre, un poeta en toda la extensión de la palabra, un poeta en sus novelas, en sus narraciones, en sus ensayos y crónicas, en su teatro. Pero también fue un poeta muy valioso en su obra en verso.